

dichosos los siervos que encuentre el divino Señor vigilantes á su llegada! Poco importa, añade Jesucristo, que el divino Señor llegue á la segunda ó la tercera velada de la noche: á cualquier hora, los siervos que encuentre vigilantes y fieles serán siempre dichosos (1).

Para la inteligencia de esta parábola es menester recordar que entre los judíos la duración de la noche se dividía en tres partes, que se llamaban veladas. Pero la noche de que habla el Señor, observa Euthymo, es la vida humana, que es como una noche oscura, á causa de las tinieblas que en ella esparcen los errores de los hombres y los artificios del demonio (2). Explicado esto, las tres veladas ó partes de la noche de que habla Nuestro Señor son, segun Theophilacto, los tres principales períodos de la vida: la adolescencia, la edad viril y la vejez (3). Luego Jesucristo, al decirnos que asegurará la dicha de los siervos vigilantes, ha querido, segun San Gregorio, darnos una idea de su longanimidad, de su paciencia y de su excesiva misericordia; porque aun cuando el hombre no le haya sido fiel en todas las épocas de su vida, con tal que el Señor le encuentre en estado de gracia en el momento de la muerte, ya sea en el último período de la edad viril ó en el de la vejez, está dispuesto á acogerlo y recompensarlo (4).

No nos hagamos, pues, ilusiones, añade San Gregorio; el Dios que ha prometido perdón al arrepentimiento, aun en la vejez, no ha prometido concedernos esta edad avanzada, no ha asegurado un solo día al pecador. Por eso, Jesucristo hace seguir su parábola de esta reflexión: «Sabad que si el padre de familia supiese á qué hora ha de venir el ladrón, velaría y no dejaría robar su casa» (5). Por el padre de familia, segun Haymon, el Señor entiende nuestra alma (6). La llegada del ladrón es el día,

(1) Et si venerit in secunda vigilia, aut in tertia vigilia venerit et ita invenerit.

(2) Nocti præsens vita comparatur propter infusam ei caliginem à dæmoniis et erroribus. (*Euthym.*)

(3) Prima vigilia qua adolescentes sumus, secunda qua viri, tertia qua senes. (*Theophil.*)

(4) Longanimitatis patientiam insinuans Dominus ait: et si in tertia vigilia ita invenerit, beati sunt servi illi. (*S. Greg.*)

(5) Hoc autem scitote quoniam si sciret pater familias qua hora fur veniret, vigilaret utique et non sineret perfodi domum suam. (*Luc., XII.*)

(6) Pater familias est noster animus. (*Haym.*)

el momento, la causa de nuestra muerte, que viene siempre de improviso; y si nos encuentra sumidos en el letargo del pecado, nos roba para siempre el tesoro de nuestra alma (1). Hé ahí por qué Jesucristo concluye por esta exhortación: «Vosotros, pues, estad apercebidos; porque á la hora que no pensais vendrá el Hijo del hombre» (2). Es decir, que el Salvador, despues de habernos propuesto la doctrina y la recompensa de la vigilancia cristiana, nos indica aún su necesidad y su importancia, que es una consecuencia evidente de la incertidumbre del momento de la muerte.

¡Desgraciados de nosotros! Ciertamente todos moriremos; ¿pero cuándo y cómo sucederá esta terrible catástrofe, que de un mismo golpe ha de arrojar nuestro cuerpo á la tumba y nuestra alma á la eternidad? No lo sabemos ni podemos saberlo; el hombre ignora su fin (3). ¿Verá cada uno de nosotros el cumplimiento, el resultado de sus planes, de sus esperanzas, de sus proyectos, de los negocios que tiene entablados? ¡Nada sabemos!

Á la incertidumbre del tiempo se une la de todas las circunstancias de la muerte. ¿Cuál será nuestra muerte? ¿Será natural ó violenta, precedida de una larga enfermedad ó repentina? ¿Moriremos en nuestra casa ó fuera de ella, dormidos ó despiertos? ¿Moriremos como hombres, en el uso de nuestras facultades, ó como brutos en la estupidez en que hemos vivido? ¿Con la asistencia de un sacerdote, ó privados de los consuelos de la religion? Y lo que más importa, ¿moriremos en estado de gracia ó de pecado? ¿Nuestro último suspiro será un acto de piedad ó de blasfemia? ¡Nada de todo eso nos es conocido! Espesas tinieblas cubren el misterio del porvenir, que no podría penetrarse sin un secreto horror. ¡Oh nube sagrada que rodea el trono de Dios, urna fatal que recibes en tu seno el destino de cada hombre, y que dejas ignorar á cada uno en particular el suyo! Pero ¿por qué, dice San Agustín, Dios ha querido ocultarnos nuestro último día? Precisamente para que cada día, que puede ser el últi-

(1) Furis adventus mors est, quæ improvisa dum non speratur advenit, et thesaurum animæ nostræ ad pœnas rapit. (*Haym.*)

(2) Et vos estote parati quia qua hora non putatis filius hominis veniet. (*Luc., XII.*)

(3) Nescit homo finem suum. (*Eccl., IX.*)

mo, se esté en vela y preparado (1). Y en efecto, por estar oculto el tiempo de nuestra muerte, por ser ésta un acontecimiento imprevisto, Jesucristo ha deducido la necesidad de que estemos siempre prontos: « Vosotros, pues, estad apercibidos, porque á la hora que no penseis vendrá el Hijo del hombre » (2).

Pero, ¡oh funesto artificio del enemigo de nuestra salud! No pudiendo, como hizo con nuestros padres, arrastrarnos al pecado con la promesa de la inmortalidad (3), nos arrastra al mal, segun hace notar Haymon, haciéndonos olvidar que somos mortales, haciéndonos mirar siempre como lejana la hora de la muerte, y, por mucho que vivamos, haciéndonos desear vivir más aún (4), de manera que, cediendo á la ilusion, convertimos en veneno mortal el remedio mismo. Porque ignoramos el término de la vida, vivimos como si ésta no debiera tener término; y porque ignoramos cuál será nuestro último día, vivimos todos en una seguridad, hija de una estúpida indiferencia.

¿Quiénes son los que así olvidan la muerte? ¿Es quizás la virgen pura, la honesta madre de familia, el buen cristiano, el sacerdote celoso, el solitario devoto, el ferviente penitente? ¿Son tal vez las almas piadosas de todos estados, condiciones y sexo? No, no, esos piensan voluntariamente, piensan siempre en el último día, llevando el cinturón de la mortificación evangélica, en sus manos las lámparas encendidas con sus buenas obras, como siervos fieles; siempre están vigilantes, siempre prontos á recibir á su Señor.

Es decir, que esos precisamente piensen en la muerte, los que tal vez podrian dispensarse de esa preparacion. Entre tanto que aquellos que olvidan la muerte son los que fueron esclavos de todas las pasiones, de todos los vicios; los que tendrian muchos pecados que llorar, muchos escándalos que hacer desaparecer, muchos males que reparar, muchos vicios que corregir; aquellos, en una palabra, para quienes morir y condenarse es una mis-

(1) Ideo voluit omnes latere ultimum diem, ut dum ignoratur unus, observentur omnes dies. (S. Aug.)

(2) Et vos estote parati, quia qua hora non putatis filius hominis veniet; vigilate, quia nescitis diem neque horam. (Luc., XII.)

(3) Nequaquam moriemini. (Genes., III.)

(4) Solet diabolus tepidos christianos decipere, ut quibus suadet culpam, longam promittat et vitam. (Haym.)

ma cosa. ¡Es decir, que piensan ménos en la muerte aquellos á quienes más importa pensar y deben más temer la sorpresa de su fin!

¿En qué fundais esa seguridad insensata? El vigor de vuestras fuerzas no podrá defenderos, ni la juventud garantiros, ni ponerlos á cubierto del peligro una constitucion robusta. La historia de la vida humana nos demuestra que la muerte abate las más veces al árbol ántes que haya dado su fruto; que corta la trama ántes que la tela se concluya; que avanza más de lo que debe esperarse del curso ordinario de la naturaleza, porque acaba con más niños que adultos, con más jóvenes que viejos. Las nueve décimas partes del género humano no llegan á los cincuenta años. Cuando la Santa Escritura nos representa el poder divino que blande su clava y prepara su arco para lanzar sus flechas (1), la clava representa la muerte pronta á inmolar á los viejos puestos bajo su mano, y el arco y las flechas son los golpes mortales que van á encontrar á los jóvenes que se lisonjean de estar aún léjos de su alcance.

Á cada instante una revolucion en los humores del cuerpo, un golpe de sangre, una opresion de corazón, la rotura de una vena, una congestion cerebral, un bocado que se atraviesa, pueden quitarnos la vida. Á las causas naturales se reunen las violencias. Cada instante sabemos un caso de muerte por envenenamiento, ó efecto de una caída, ó un asesinato. Á cada instante podeis encontrar la muerte en vuestra casa ó en el teatro, en el paseo, en la mesa ó en la cama; no hay año, día ni hora en que podais lisonjearos de estar al abrigo de los golpes de la muerte. Entónces, ¡qué contradicción, qué locura es la vuestra! ¡Poder morir á cada instante, y atreverse á vivir en estado de pecado! (2).

Así como el profeta Habacuc estaba suspendido en los aires de los cabellos por la mano del ángel, y sobre la fosa de los leones, á los que estais en estado de pecado os veo suspendidos sobre el infierno por un hilo delgado y frágil que va rozándose cada día y puede romperse ó ser cortado por una mano enemiga; ¡y estais

(1) Gladium suum vibrabit; arcum suum tetendit et paravit illum; et in eo paravit vasa mortis. (Ps. VII.)

(2) Quomodo vivere audes ubi mori non times?

suspendidos sabiéndolo y queriéndolo, con la risa en los labios, los manjares en la boca, los naipes en la mano y en flagrante delito de pecado y crimen! ¿Cómo atreverse á entregarse al desorden, á la risa, al reposo, en peligro tan manifiesto de condenarse?

Que Holoférnes se durmiese ante Bethulia y que no temiese recibir el golpe mortal de manos de aquella Judith tan amiga en apariencia; que Susana cediese á la fatiga y al sueño sin temer nada de Jahel tan cortés y prevenido; que Saul reposase sin temor de ser sorprendido por David, á quien creía desarmado y errante en los bosques, lo comprendo; pero vosotros que sabéis que teneis á Dios por adversario y sois á sus ojos objeto de aborrecimiento y de abominacion por vuestros vicios, y que nada puede ponerlos al abrigo de su justa cólera; vosotros que debéis á cada instante esperar ser llevados á su terrible tribunal, ¿cómo osais dormir tranquilos en el seno de las voluptuosidades?

Hoy que las muertes repentinas son tan frecuentes; hoy que la muerte hiere sin haber dejado ver el brillo de su clava; hoy que por un misterioso castigo, justa pena de nuevos misterios de iniquidad, se muere ó es uno muerto ántes de sentirse morir; hoy, dejar un intervalo entre el pecado y el arrepentimiento, es más que una temeridad, es una desesperacion, una resolucion infernal de condenarse. ¡Ah! ¡Salid de ese profundo letargo que os oprime! Invocad al Dios de bondad á fin de que os cure de esa soñolencia mórbida que os ciega junto al mismo peligro á que os expone (1).

Velad y renunciad á vuestros desórdenes, jóvenes esclavos del placer. Velad y renunciad á vuestras intrigas, jóvenes que correis ciegamente á vuestra perdicion. Velad y poned fin á vuestras especulaciones tan sórdidas como injustas, hombres dedicados á la concupiscencia. Velad y poned límites á toda esa insaciable ambicion, á ese fasto, hombres perdidos de ambicion. Velad y renunciad á esa vida de tedio, de molicie y de disipacion, eclesiásticos sin celo y sin fervor. Velad y dominad vuestro amor propio, almas dominadas por las rencillas y los resentimientos. Velad y poned término á los pasatiempos, á las fiestas mundanas, hombres profanos. Velad todos, á fin de que cuando Jesu-

(1) Ut quid tu sopore deprimeris? Surge et invoca Deum tuum. (Jon., 1.)

cristo venga á juzgaros en el momento de vuestra muerte, no os sorprenda en ese estado de funesto sueño, causa de vuestra reprobacion. Puesto que la muerte, semejante á un enemigo astuto, os prepara emboscadas en todas partes, puesto que puede sorprenderos á cualquier hora, sabed prevenirla, sabed desarmarla, y con la vigilancia cristiana sabed esperar á toda hora y en todo lugar (1).

Mucha es vuestra dicha, almas justas, si estais siempre en guardia contra las ocasiones peligrosas, contra los lazos del demonio y de los hombres, contra las seducciones del mundo, contra las inclinaciones de la carne; si estais siempre atentas á examinar vuestros pensamientos, á purificar vuestras afecciones, y no cerrais jamas los ojos á los peligros de que estais rodeadas con relacion á la salud eterna, y poneis toda vuestra solicitud en enriqueceros de méritos, en practicar la virtud en su perfeccion. Vosotras estais siempre vigilantes, y así como los pecadores duermen espiritualmente, por más que estén despiertos sus ojos corporales, así vosotras, en sentido contrario, por más que repose vuestro cuerpo, velais con el espíritu; porque vuestras buenas obras, os dice un piadoso intérprete, son para vosotras como ángeles guardianes que velan por vosotras, que ruegan por vosotras cerca de Dios, y os tienen siempre unidas á Él (2).

Dichosas vosotras y todos nosotros, si cuando el Soberano Señor venga á sacarnos de este mundo nos encuentra con las manos en la obra de nuestra salud! ¡Dichosos si en el momento de la muerte nos encontramos como siervos fieles y vigilantes! Porque, segun la promesa de Jesucristo, serémos, por la bondad del divino Maestro, introducidos en su celeste palacio y puestos en posesion de sus bienes eternos.

SEGUNDO PUNTO. Cuando el Señor nos recomienda velar, *vigilate*, no quiere decir que prevenidos por la caducidad de nuestra existencia, velemos alarmados por la conservacion de nuestros dias, y que á fuerza de multiplicadas precauciones, de rebuscadas delicadezas, procuremos sostener el edificio de arcilla de nuestro cuerpo: lo que quiere decir es que hagamos lo posible

(1) Mors te ubique expectat, si sapiens es tu ubique eam expecta.

(2) Justus etiamsi dormiet, ipsa sua bona opera pro eo vigilabunt et orabunt.

para fortificar el alma con la práctica de las buenas obras, y por eso es útil pensar en lo que hace á la muerte más temible, á saber, que si su venida es cierta, si las circunstancias son desconocidas, es menester no olvidar que sólo viene una vez, *semel mori* (1), y que por tanto es irreparable en sus consecuencias.

Si se muriese dos veces, la muerte no sería un suceso crítico, decisivo, temible. Para la segunda muerte podrían repararse los errores de la primera; pero no, no hay más que una muerte, y si en esa única se pierde uno, se pierde para siempre. Así como el árbol, nos dice la Santa Escritura, al caer al golpe del hacha queda del lado que ha caído, así el alma, á su primera salida del cuerpo, quedará para siempre en el estado en que se encontraba (2). En esta vida no hay ningun estado, por funesto que sea, que no pueda cambiar. Si estamos en estado de pecado, podemos recobrar el de gracia por la penitencia, puesto que la voluntad del hombre en este mundo no está irrevocablemente ligada al mal, ni agotada la misericordia divina. El día de la salud no ha concluido, la gracia está pronta, las fuerzas no faltan, los medios abundan, la voz de Dios invita, los ejemplos alientan, los socorros animan el valor. La muerte, al hacer de lo pasado la nada, hace inmutable lo porvenir; es el clavo fatal con que el intrépido Jahel clavó en el suelo la cabeza de Sisara en el mismo sitio en que se habia dormido. Si en el gran paso del tiempo á la eternidad sucede que el pié resbala hácia el infierno, no será ya posible salir de él: «Del lado que caiga el árbol, permanecerá.» No hay sitio para la huida, ni medio de recurrir á la gracia, ni tiempo para arrepentirse, ni perdon que esperar. El juicio emanado del tribunal de Jesucristo no se revisará, su sentencia no tiene apelacion. Seis mil años hace que murieron Abel y Caín. ¿Cuál es su suerte ahora? La que merecieron al dejar la vida. Tal será de nosotros en el momento de nuestra muerte: justos ó pecadores, elegidos ó réprobos, en el paraíso ó en el infierno, será para toda una eternidad. Sin duda el paso de la vida á la muerte, de este mundo al otro, no es más que un momento; pero este momento encierra la eternidad, porque de ese mo-

(1) Statum est hominibus semel mori. (*Hebr.*, XI.)

(2) Si ceciderit lignum ad austrum aut ad aquilonem, in quocumque loco ceciderit ibi erit. (*Ecl.*, XI.)

mento depende de una manera absoluta la eternidad dichosa ó desgraciada (1). ¡Oh muerte! ¡Oh momento! ¡Oh eternidad!

Ademas, así como la muerte cierta en cuanto á su venida debe disponernos al desprendimiento de las criaturas, y la muerte incierta en cuanto á sus circunstancias debe inculcarnos la necesidad de una vigilancia continua, lo mismo la muerte única é irreparable, en cuanto á sus consecuencias, debe inspirarnos el fervor.

Gran príncipe, decia á un poderoso rey de Francia el santo pontífice Inocencio XI, si yo tuviera dos almas, podria sacrificar una para obligaros; pero no teniendo más que una y no queriendo ni pudiendo perderla, porque con ella se perderia para siempre todo para mí, no quiero ni puedo condescender á vuestros deseos. Tal es tambien la respuesta que podriamos oponer á las exigencias de la concupiscencia, de la vanidad, del placer, á los ruegos del mundo y de sus pasiones. Si yo tuviera dos vidas, podria sin gran inconveniente consagrar una á la voluptuosidad y la otra á la penitencia; la una al vicio, la otra á la virtud; la una al mundo, la otra á Dios. Pero no teniendo más que una vida que me ha sido dada para prepararme á la muerte, no puedo, ni debo, ni quiero sacrificarla para asegurarme los tesoros, los honores, los placeres de un día, con la certeza de encontrarme mal dispuesto á la muerte, y de arriesgar así mi eternidad.

En una palabra: la vida entera no nos ha sido dada más que para disponernos á bien morir, á fin de que con una buena muerte obtengamos la vida eterna. Así, pues, todo el tiempo en que nada se hace para procurarnos una buena muerte, es un tiempo estéril y perdido (2). Consagremos á Dios nuestra vida, ántes que venga á demandárnosla. Muramos de corazon para el mundo, ántes de dejarlo corporalmente; hagamos desde ahora lo que en el momento de la muerte quisiéramos hacer, puesto que ahora todo se hace con más mérito, más provecho, más seguridad. Debemos mirar como obra de todos los días la oracion y la vigilancia, las piadosas lecturas y la frecuentacion de los sacramentos, el alejamiento del mundo y la mortificacion de las

(1) Momentum á quo pendet æternitas! (*S. Aug.*)

(2) Inutiliter hoc tempore vivitur, nisi ad comparandum meritum in æternum vivitur. (*S. Euch.*)

pasiones, la correccion de los vicios y la práctica de las virtudes, la mortificacion del cuerpo y el ejercicio de la caridad, el arrepentimiento de las faltas y todas las obras del fervor cristiano.

¡Desgraciados de nosotros si, semejantes á las vírgenes descuidadas de que habla Jesucristo en el Evangelio, saliésemos al encuentro del celeste Esposo sin haber provisto la lámpara de nuestra fe con el aceite de la gracia y de la caridad! Desgraciados de nosotros si en ese instante fatal nos encontramos cargados de vicios é indignos de virtud. En vano llamaremos á la puerta del cielo, rogando que se nos abra: Señor, Señor, abridnos (1), podremos decir. Se nos responderá: Es tarde, no es tiempo, no os conozco (2); y para siempre seremos excluidos del festin de las nupcias eternas. ¡Dichosos, por el contrario, si semejantes al siervo del Evangelio, nos encontramos vigilantes, con las manos en la obra de nuestra salud, cuando el soberano Señor venga á sacarnos de este mundo! Dios nos introducirá en su eterna mansion y nos hará partícipes de todos sus bienes: *Amen dico vobis super omnia bona sua constituet eum!* Así sea.

(1) Domine, Domine, aperi nobis! (*Matth.*, xxv.)

(2) Amen dico vobis: nescio vos! (*Ibid.*)

VIGÉSIMA TERCERA HOMILIA.

PARA EL 25 DE MARZO, FIESTA DE LA ANUNCIACION.

LA PERLA DE GRAN PRECIO,

Ó EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

Simile est regnum caelorum homini negotiatori querenti bonas margaritas: inventa autem una pretiosa dedit omnia sua et comparavit eam (MATH., XIII).

Semejante es el reino de los cielos á un hombre negociante que busca buenas perlas. Y habiendo hallado una de gran precio, se fué, y vendió cuanto tenía, y la compró.

No habiendo recibido la existencia más que de Dios y por Dios, la creacion entera no es más que la manifestacion exterior de los atributos de Dios; de manera que todas las criaturas que la componen con su existencia, con sus propiedades, con ese orden admirable segun el cual, subordinadas las unas á las otras, conspiran á un fin único y forman las grandes armonías del universo, todas las criaturas, digo, se dirigen la una á la otra y transmiten á todos los puntos del espacio y del tiempo la gran palabra de alabanza, para proclamar la existencia, la sabiduría, el poder, el amor del Creador: «El día repite al día su palabra, la noche trasmite á la noche su ciencia» (1).

Considerando el universo, con todas las maravillas que lo componen, sólo una idea de la divina Inteligencia, realizada y producida como acto exterior, ese universo será el magnífico espejo de la creacion que refleja algun pálido rayo del eterno Sol de la naturaleza divina.

En una sola de sus obras el Dios que es todo sabiduría, poder

(1) Dies diei eructat verbum; et nox nocti indicat scientiam. (*Ps.* XVIII.)